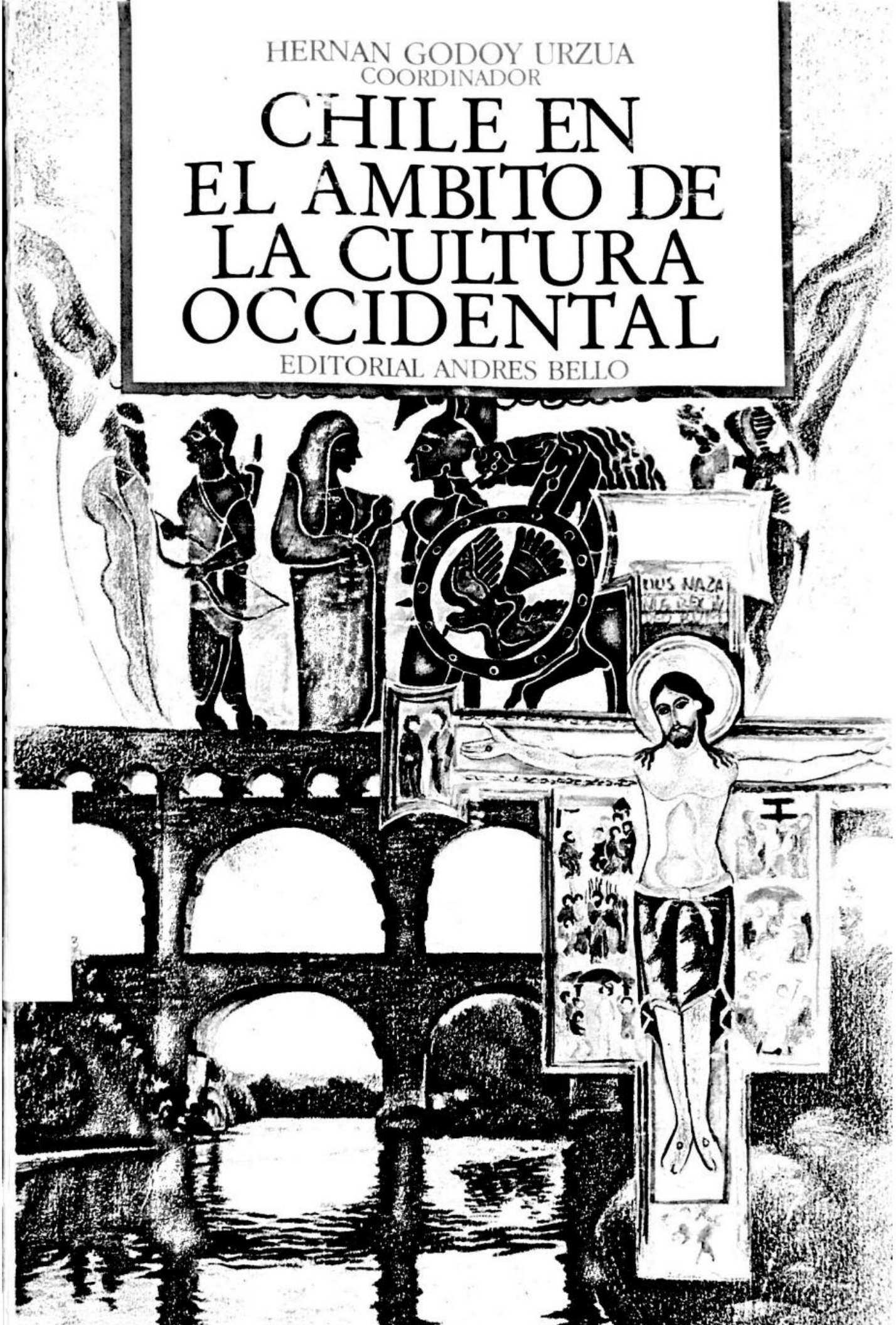
HERNAN GODOY URZUA
COORDINADOR

CHILE EN EL AMBITO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

EDITORIAL ANDRES BELLO



Scanned by CamScanner

© INSTITUTO DE ESTUDIOS BANCARIOS
"GUILLERMO SUBERCASEAUX"

© EDITORIAL ANDRES BELLO
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Inscripción Nº 67.461

Se terminó de imprimir esta primera edición
de 800 ejemplares en el mes de septiembre de 1987

IMPRESORES: Alfabeta Impresores

IMPRESORES: Alfabeta Impresores
PRINTED IN CHILE / IMPRESO EN CHILE

Scanned by CamScanner

CAPITULO I

¿EN QUE CONSISTE LA CULTURA OCCIDENTAL Y CUALES SON SUS RASGOS FUNDAMENTALES?

Scanned by CamScanner

OSVALDO LIRA

Antes de entrar a analizar en sus fundamentos y estructura la Cultura Occidental, es preciso, a mi juicio, proceder a su definición. Ahora bien, me pregunto si será posible definir una realidad que tiene muy poco de realidad y que sólo puede ser percibida más bien en sus elementos constituyentes que en sí misma. Y, sin embargo, se requiere definirla con la precisión que nos sea posible. Es cierto que las cosas son definibles en la medida misma en que están dotadas de entidad y de ser; o dicho de otro modo, en la medida en que ofrecen rasgos definidos que nos permitan llegar hasta su esencia. Pero lo que se llama una cultura, más que una realidad bien precisa, no pasa de ser un mero ambiente, un simple modo de ser de un individuo o de una época. Y este modo de ser, individual o colectivo, nos ofrece siempre rasgos que es casi imposible captar con estrictez y con rigor. Sin embargo, creo que es posible señalar los elementos de que consta la cultura en cuyo seno hemos nacido, nos hemos desenvuelto a través de nuestra vida y que, de uno u otro modo, con menor o mayor intensidad, ha influido imponderablemente en cada uno de nosotros.

A mi juicio, el factor o elemento que con mayor intensidad la ha integrado en un comienzo, en la etapa misma en que estaba en su trance mismo de realizarse —trance que, como todos los momentos de entidades colectivas, pueden perdurar decenas de años—, ha sido el Cristianismo. La Cultura Occidental ha comenzado a ser, sin duda alguna, una cultura de signo cristiano. La Historia nos lo dice claramente. En efecto, es imposible la revelación

claramente. En efecto, es innegable la revolución que, a partir de la venida de Cristo a este mundo, surge y se desarrolla dentro del ámbito del Imperio romano. El horizonte espiritual, en su doble dimensión de individual y colectivo, varía y se amplía de modo capital. A este hecho contribuye la ida, desde Palestina hasta Roma, de San Pedro. La Iglesia fundada por Cristo, más que judía o israelita, va a ser romana. Ahora bien, casi desde un primer momento comienza a ser perseguida de manera inmisericorde, con un odio y un encono que bien podemos calificar de irreconciliables. A pesar de todo, el Cristianismo va irradiando en los ambientes más inesperados. Llega a penetrar incluso en la *Domus Aurea*, y hasta hay emperadores que cuentan con parientes cristianos. La Revelación va

Scanned by CamScanner

conquistando los corazones con un vigor y una intensidad increíbles, contra lo cual nada pueden las reacciones de un paganismo ultradecadente en quien nadie ya creía, reducido, como estaba, a un conjunto de fórmulas completamente vacías de sustancia. El proceso debía terminar como, de hecho, terminó. En una primera etapa, Constantino el Grande proclama la libertad religiosa en el célebre Edicto de Milán, en el año 313. Con ello, los cristianos ya podían no ser mártires. Medio siglo más tarde, el emperador romano Teodosio el Grande declara el Cristianismo religión oficial del Imperio.

Así, a pesar de las persecuciones, muchas de ellas violentísimas, que producen, según cálculos aproximados, unos once millones de mártires, el Cristianismo —o, más bien, Cristo— concluye por triunfar.

No voy a entrar ahora en detalles históricos acerca del fenómeno, porque estarían fuera de lugar. Es otro el punto a que quiero llegar.

Las verdades cristianas reveladas, cuyo conjunto constituye el acervo doctrinal del Cristianismo, se encontraron —como no podía menos de ocurrir— con un pensamiento pagano perfectamente organizado y de gran altura intelectual. Fuera de las escuelas filosóficas, muy bien regentadas, que abundaban en el territorio del Imperio, en el ambiente general quedaban flotando aún intensamente las huellas de los grandes sistemas doctrinales helénicos. Platón, Aristóteles, Epicuro, Zenón y muchos otros eran personajes más o menos conocidos en los ambientes intelectuales de esos tiempos. Por su parte, los romanos mismos habían hecho sus aportaciones nada despreciables. Se mantenía vivo el pensamiento de los personajes republicanos y de los primeros días del Imperio. Se conocía a Cicerón, Julio César, Salustio, Tito Livio, Virgilio, Ovidio y

a Tácito y a Juvenal, etc. El conflicto debía necesariamente producirse entre este pensamiento, rico, profundo, organizado, que respondía a muchas de las preocupaciones de las mentalidades relevantes y del hombre medio de entonces, y unas verdades que, por el momento y fuera de la autoridad de Quien las había traído a este mundo –autoridad que tampoco se notaba externamente–, no tenían base alguna científica en que apoyarse. Pero como la inteligencia humana ha sido establecida por Dios para que capte, aprehenda y comprenda en lo posible todo cuanto ostenta cierta dosis de verdad, era urgente procurarle la satisfacción de esas tendencias que se las había insuflado el mismo Dios. En otras palabras, era necesario constituir, con ellas, un *corpus doctrinale*, a la manera de los grandes sistemas filosóficos que habían reinado hasta entonces en el ambiente del gran mundo. En otros términos, era necesario *organizar* la Revelación, porque el hombre tiene no sólo derecho sino, también, deber de poner en ejercicio las facultades que le ha otorgado Dios.

Porque toda afirmación debe ser probada para poder ser aceptada. Pues bien, no hay sino dos modos de probarla. Uno propio

Scanned by CamScanner

de Dios, que es el milagro. Otro propio de los hombres, que son los argumentos.

Era necesario, pues, recurrir a instrumentos doctrinales para llevar a cabo esta misión trascendental. Los Padres de la Iglesia, que fueron los escritores eclesiásticos que sucedieron de inmediato a los autores inspirados, que son los autores del Nuevo Testamento, acudieron a tal efecto, entre algunos otros pensadores, a Platón. Y platónico fue el más grande de entre ellos, que es, sin duda alguna, Agustín de Hipona. Pero, andando el tiempo, la conjugación de Platón con el pensamiento revelado comenzó a dar signos de resquebrajamiento. Sin embargo, antes de que la crisis llegara a su clímax, se produce un acontecimiento de incalculables proyecciones. Se construye el Imperio musulmán, y los árabes se establecen en España después de haber destruido el reino visigótico. Y comienza, al cabo de los años, el esplendor intelectual incomparable del Califato de Córdoba. Y Averroes comienza a dar a conocer a Aristóteles . . . Y el pensamiento científico y teológico medieval, que, a pesar de la Escuela Palatina fundada por Carlomagno y regida por el monje inglés Alcuino, no pasaba de dar sus primeros vagidos, se ve inesperadamente enriquecido y va a dar origen al movimiento intelectual y científico tal vez más vasto y profundo que ha conocido nunca Europa: : la *Escolástica*, cuya versión más importante y profunda, al

mismo tiempo que la más ajustada a las exigencias de la Doctrina revelada, es el *Tomismo*. La cultura cristiana adquiere así un vuelo insospechado y deslumbrante. Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura, Duns Scot son, entre otros muchos, sus figuras capitales. La Universidad de París y, más tarde, la de Salamanca, también entre muchas otras, amén de los Estudios generales con que las órdenes de Santo Domingo y San Francisco comienzan a poblar el espacio geográfico europeo, son sus síntomas y manifestaciones más genuinas y gloriosas en el orden doctrinal. Las monarquías democráticas, con su complemento de los organismos corporativos y gremiales, figuran como sus realizaciones insuperables en el orden de la vida colectiva. Y todo aquello reducido a unidad tanto en el orden natural como en el sobrenatural, unidad que se acostumbra llamar la *Cristiandad*. La Cristiandad planea sobre las naciones no absorbiéndolas, sino organizándolas en torno de un eje cuyos dos polos eran, en el orden espiritual, el Pontificado supremo, y en el temporal, el Sacro Imperio Romano Germánico.

El pecado original, no obstante, hace sentir sus consecuencias. Comienzan a despuntar muy pronto los primeros síntomas de división. En el ambiente religioso surge un fenómeno conocidísimo que figura bajo el nombre de *querella de las investiduras*. Más adelante se comprueban los primeros brotes de herejía —Wiclef, Huss, Ziska, etc.—, todo lo cual deja un tanto debilitada a la Cristiandad como forma histórica. No obstante, su influjo perdura un tiempo todavía, y

Scanned by CamScanner

cuando surge la Reforma de Lutero, Calvino, Zinglio y otros muchos, se refugia en España, en los momentos en que la monarquía española unificada, después de obtener una victoria completa sobre los musulmanes expulsándolos definitivamente de los territorios peninsulares, descubre el continente americano y procede a su conquista y civilización. Empresa gigantesca y de frutos permanentes, de los cuales nos beneficiamos todavía. Claro está que el panorama europeo, después de tales alteraciones, cambia radicalmente. La Cristiandad deja ya, en definitiva, de ser europea y se refugia en la monarquía española. Pero de esta circunstancia hablaremos más adelante. Por lo que respecta a Europa, su unidad espiritual se derrumba irreversiblemente. A la Cristiandad medieval, versión histórico-política del Catolicismo, sucede, a partir de la Paz de Westfalia —que son, en realidad, los tratados de paz de Münster y Osnabrück—, lo que D. Diego de Saavedra Fajardo denomina *Las Locuras de Europa* —título de un opúsculo suyo celebérrimo—, y que los historiadores modernos y contemporáneos conocen con el nombre de *Equilibrio europeo*.

A partir de entonces —1648— ya no podrá hablarse con justicia sino de dos Europas. Una, la que permanece fiel a las Verdades reveladas y prolonga así los valores fundamentales de esa Edad Media tan torpemente calumniada, en parte por una ignorancia supina acerca de lo que representó para la verdadera civilización, y en parte, también, por reacciones inconfesables aunque comprensibles. Y la otra, la que entra alegremente por las sendas de un liberalismo religioso iniciado por los reformadores protestantes, y en el orden filosófico, por los grandes sistemas idealistas que, comenzando por el reinado de las ideas innatas, va a rematar en las formas sintéticas *a priori* de Immanuel Kant y el Idealismo absoluto de un Hegel, que se va a ver prolongado, a su vez, por los doctrinarismos de índole marxista. El proceso, por supuesto, no es casual. Todo va ocurriendo en virtud de la actualización de los gérmenes individualistas proclamados inconscientemente por Lutero y los demás reformadores. Es la unidad la que se rechaza con un encono verdaderamente demoníaco. Y yendo más al fondo del asunto, lo que se repudia es la intercesión de Cristo Mediador. En adelante, terminó el reinado de la gran verdad cristiana de que nadie va al Padre si no es por Cristo. En adelante, todo será producto de un *tête-à-tête* directo entre el individuo racional y el Padre celestial. Se acabaron las normas objetivas para interpretar el sentido de ciertas verdades que Dios reveló porque eran absolutamente necesarias para el destino definitivo y perdurable del individuo racional. Así quedó entregado a la inteligencia humana individual el captar e interpretar el auténtico sentido de aquellas verdades que esa misma inteligencia no habría podido conocer jamás por serle irremisiblemente trascendentes. En verdad, lo que no quedaba muy bien parado en semejan-

Scanned by CamScanner

tes actitudes eran las exigencias de la lógica. De este modo, queda reducido a los solos límites jurídicos lo que, anteriormente y hasta entonces, había poseído realidad extramental. La persona humana se ve destituida fulminantemente de su doble dignidad de imagen de Dios por creación y de hijo de Dios por adopción. Ya está lista para constituirse en objeto indefenso de los atropellos de sus semejantes. Por el momento, y en vista de que han desaparecido, por obra y gracia de la soberbia humana, todos los valores trascendentes, y, entre ellos, esa verdad que, para los católicos, lleva un nombre personal y sacrosanto, que es el de Cristo, Señor Nuestro, se declara, en teoría y en la práctica, que todas las posiciones doctrinales, sean verdaderas o falsas, tienen igual derecho a profesarse, sin que nadie pueda arrogarse la facultad de prohibirlas.

Las cosas, sin embargo, no paran aquí.

Negados los valores trascendentes, y, por lo mismo, negada la verdad, y asimismo la Verdad, no queda más recurso que las mayorías. Y de esta suerte, la trascendencia del Orden sobrenatural se ve sustituido por el predominio de la masa. El individuo racional podrá considerarse todavía como libre en tanto no aparezcan los lógicos, que deduzcan, de esos principios profesados con soltura de cuerpo sin igual, las consecuencias en ellos virtualmente contenidas. Y son los totalitarismos los que van a abrumar y sofocar la verdadera trascendencia de la persona humana, que, en el ámbito del catolicismo, se apoyaba en su doble condición ya mencionada. Y en eso estamos. Una situación en que se sigue hablando todavía de Occidente. Pero es éste un Occidente que, como me lo decía en cierta ocasión José María Pemán, no representa, en su noción, sino el nombre de la Cristiandad acorralada. Consecuentemente, la Cultura Occidental ha dejado de existir.

Scanned by CamScanner

CAPITULO II

¿QUE INFLUENCIA TIENE LA CULTURA OCCIDENTAL EN LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS?

Scanned by CamScanner

OSVALDO LIRA

La Cultura Occidental siguió existiendo dentro de los ámbitos de la Monarquía española, nacida a la existencia histórica por la empresa unificadora de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Y es esa Cultura medieval la que va a ser infundida aquí, en las poblaciones del Imperio hispánico. Examinemos despacio este proceso.

La trascendental empresa americana no la realizan españoles cualesquiera, sino precisamente los del siglo XVI, o, más bien, los de la España de los Austrias. La observación dista mucho de ser vana. Porque, en aquel entonces, España era en verdad y se presentaba ante las miradas del mundo como la prolongación, no geográfica sino espiritual e intelectual, de la Cultura medieval del siglo XIII. Mientras las restantes naciones europeas van cobijando dentro de sí los idealismos, panteísmos y positivismos en que se resolvía y fructificaba el pensamiento europeo viciado ya por el individualismo protestante en sus múltiples facetas, el pensamiento español imprimía un nuevo y vigoroso desarrollo a la Escolástica; y a esos grandes sistemas doctrinales, sustancialmente heterodoxos, contrapone esa falange numerosa y de enorme altura intelectual que son sus teólogos. Pero la Escolástica española no se limita a repetir. Muy por el contrario, desarrolla con pujanza y rigor científico ejemplares las riquezas inagotables contenidas en su tesoro doctrinal. A su luz va resolviendo los grandes problemas que se le van presentando, uno tras otro: la legitimidad de la empresa americana, la evangelización de los indígenas, y, como consecuencia, el de la concordia de la presciencia y predeterminación física divinas con los fueros de la libertad humana. A todos va procurando solución, siempre a la luz de los principios del Tomismo, o, más bien y en general, de la Escolástica. Es la *Philosophia perennis* la que informa intelectualmente el Imperio hispanoamericano, como previamente había sido informado y configurado hondamente por la Doctrina revelada.

Por ello, miradas bien las cosas, no es posible referirse a secas, como por desgracia suele hacerse, al mestizaje hispanoamericano. De mestizaje puede hablarse en el orden fisiológico u orgánico; pero no en el espiritual. Por lo demás, el mestizaje fisiológico afecta sin excepción a todos los pueblos del planeta. El problema no es sino de grados. Pero, en el orden del espíritu, somos españoles. Nos guste

Scanned by CamScanner

o no nos guste. Por lo que a mí respecta, me siento orgulloso de mi procedencia hispana. Pero en todo caso, hay argumentos que, en mi opinión, son decisivos. En España no tenemos necesidad de diccionarios, y el idioma que hablamos es el castellano, con algunas aportaciones adjetivas procedentes de las lenguas de los indígenas o bien de los extranjeros que han venido a radicarse en este continente. Más profundamente aún, nuestro Dios no es una entremezcla del Dios Uno y Trino y el Pillán, sino que es exclusivamente el Dios que vino Cristo a revelarnos a este mundo. Lo mismo podríamos decir de las diversas manifestaciones, numerosas y complejas, de nuestra cultura nacional. Y si de desespañolización se trata, no vacilo en decir que este proceso, mucho menos hondo de lo que superficialmente se cree y se proclama, se verifica con mayor intensidad en nuestras clases altas que en los estratos populares. Podría aducir, en pro de esta tesis, argumentos a granel. No lo hago porque no es éste un tratado de investigación histórica. De todos modos, es preciso destacar una situación que nos va afectando a todos nosotros en nuestra condición de hispanoamericanos, y es el pensamiento de Menéndez y Pelayo de que *los pueblos sin tradición tampoco tienen futuro*. No es éste un pensamiento desesperado, ni mucho menos. Porque, contra lo que creía el idealismo sofocante de Hegel, siempre es posible enmendar rumbos. La cuestión es quererlo de verdad. Y justamente porque lo creo posible a pie juntillas es por lo que señalo ahora que una de las tareas excepcionalmente nobles y fecundas que se ofrecen a las nuevas generaciones de chilenos, es la de volver a enraizar nuestra vida política y social en las tradiciones españolas, acomodándolas, por cierto, a los tiempos que se anuncian. Porque, a pesar de contrarias apariencias, los vínculos de este tipo no se han perdido totalmente. En verdad, más que una cuestión de crearlos nuevamente, es cuestión de avivarlos. De espantar las cenizas para hacer brillar las brasas...

Pero para lograr semejantes objetivos es preciso trabar amistad seria con la Historia. No digo con las crónicas que pretenden ser historia, sino con la Historia verdadera. Con esa que nos va descubriendo, si sabemos adentrarnos en su hondura, la razón de ser de los pueblos y naciones, y nos va mostrando cómo se van situando, éstos y éstas, en el concierto universal. A este propósito, se ha dicho y repetido, con insistencia que pudiera parecernos excesiva, que somos un pueblo de historiadores. Lo ha sostenido el mismo Menéndez y Pelayo, y, por provenir de uno de los maestros más preclaros de Europa durante el siglo diecinueve, parecería que debemos aceptar esta opinión. Sin embargo, creo que semejante afirmación es absolutamente errónea. Evidentemente, ha habido y sigue habiendo historiadores de cuerpo entero en nuestra tierra. Pero no son tan numerosos como para calificarnos de país de historiadores. Más aún, los he conocido y sido amigo de algunos de ellos. De todos

Scanned by CamScanner

Scanned by CamScanner

modos, se requiere que el chileno medio se ponga al corriente de los orígenes de nuestra nacionalidad, y que procure desentrañar sus elementos constitutivos, tanto espirituales como materiales. Y para conseguirlo, no basta con verificar lo que es hoy día nuestra patria. Ni ninguna. Debemos tener muy en cuenta esa especie de cuarta dimensión que ofrecen las sociedades civiles a las miradas que quieren contemplarlas. Porque las naciones no pertenecen a la categoría de los entes simultáneos sino a la de los entes sucesivos. Es decir, a aquellos tipos de entes que van entregando, muy poco a poco, lo que son, en el correr de los años y los siglos. Del mismo modo que una representación de *Hamlet* o de *La Vida es Sueño* no puede juzgarse por la calidad de alguna de sus múltiples escenas, ni tampoco la ejecución de una sinfonía o una sonata en conformidad con algunos de sus compases, tampoco puede juzgarse acertadamente de un pueblo o un país sólo tomando en cuenta los momentos presentes de su historia. Tal actitud no sería justa, ni acertada, ni inteligente ni patriota.

En este sentido, parece que se experimentara, en la mayoría de los casos, un temor cerval respecto de la Tradición. Los pusilánimes confunden miserablemente *la tradición* con *la rutina*. En realidad, son dos cosas radicalmente diversas, por no decir que contrapuestas entre sí. La tradición es un fenómeno histórico que se verifica siempre, aunque, por desgracia, no lo queramos; y aunque queramos todo lo contrario. Porque siempre y al margen de la voluntad humana se verifica esa oculta pero realísima trasmisión de valores de cualquier generación a la que ha de sucederle. Esto es absolutamente inevitable, a no ser que se procure deliberadamente todo lo contrario. ¡Y aun . . .! Por este motivo capital y en nombre de la continuidad —que es el ser— de la nación, es absolutamente necesario conocer la historia patria en el pasado, para saber a ciencia cierta lo que es en el momento en que vivimos y poder así trazar su trayectoria hacia el futuro.

Esta es la razón por la cual, en nuestra América hispánica —esa América que, según canta Rubén Darío, *reza a Jesucristo y habla en español*—, debemos estudiar las coyunturas de su vida colectiva a la luz de la historia de nuestros antepasados europeos, y, muy en especial, de nuestros progenitores españoles. Tal vez la época más fecunda y luminosa de la vida de Europa coincidió con los tiempos en que mejor se conservó y más pujante se mostró la Tradición. Hemos visto ya cómo desde los días del monje Alcuino, el primer regente de la Escuela palatina fundada por Carlomagno, hasta los momentos culturalmente otoñales de Europa, tan profunda y amorosamente escudriñados por Huizinga, el progreso espiritual e intelectual de la vida europea resultó realmente prodigioso. Tradición y progreso van estrechamente unidos y enlazados. Y es esta vinculación tan estrecha y admirable lo que, por encima de todo, iluminó

Scanned by CamScanner

aquellos días de gloria y esplendor. Y es exactamente este tesoro, celosamente conservado y en trance de robusto desarrollo, lo que España nos importó de Europa. Recordemos a este efecto que la Edad Media europea, ya de rasgos otoñales en las postrimerías del siglo XV, viene a recobrar plenamente su brillo y su vigor en la Monarquía española de los Austrias, que fue precisamente la que supo forjarse un Imperio en el cual no se ponía el sol. Mientras en el resto del Viejo Continente se levantaban aires nuevos, pero un tanto sospechosos y siniestros, los aires religioso-filosóficos de Lutero, Calvino, Zwinglio, Descartes, Spinoza, Leibniz, etc., la España de esos siglos continuaba aferrada a sus tradiciones medievales, y la *Philosophia perennis* siguió configurando las mentes de los españoles, no sólo directa sino también indirectamente. Una legión esclarecida de teólogos constituye la respuesta vigorosa de España a los extravíos intelectuales europeos. Así lo atestiguan, con reciedumbre inigualada, los grandes nombres de Vitoria, Cano, Báñez, Suárez, Lugo, Toledo, Zumel y tantos otros que mantuvieron inalterable el carácter católico del pensamiento español.

Pues bien, todo esto fue lo que influyó decisivamente en la civilización y progreso espiritual de la América española. En las universidades y colegios, que se levantaron por centenas durante la época llamada erróneamente *colonial* —porque no fuimos colonias ni tampoco factorías comerciales, sino provincias y reinos de un Imperio—, la formación intelectual se fue desarrollando a base de la teología y la filosofía que habían dominado el panorama cultural de la Madre Patria en sus días de esplendor. Y a propósito de esto, no queremos dejar pasar la ocasión de mencionar la gran figura de Manuel de Lacunza y Díaz Varela, santiaguino ilustre, autor de la magna obra titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, que muy pronto debía llamar poderosamente la atención en los ambientes intelectuales de Europa y América.

Esta cultura fundamentalmente cristiana se mantiene lozana y vigorosa en el ámbito de América aun con posterioridad a los acontecimientos de la Independencia. La tradición española se mantiene en vigencia, tal como lo señala con penetración y agudeza Gonzalo Vial Correa, hasta mediados del siglo diecinueve, cuando se ve en la situación de enfrentarse con las corrientes ideológicas provenientes de la Europa extraespañola. La situación se va agravando más y más desde el punto de vista religioso, y aun diríamos teológico, que es el que más directamente se refiere a nuestro asunto. Los valores culturales fundamentados en la tradición católica van siendo reemplazados por los de estirpe atea y liberal. Y es ésta la situación en que nos encontramos actualmente. [illegible]

encontramos actualmente. Un *actualmente* que ya viene durando más de un siglo, y que, por el momento, parece no tener visos de acabar. Un *actualmente* que nos ha afectado más profundamente que a las restantes naciones de la América española. Y, a este pro-

Scanned by CamScanner

pósito, volvemos a insistir sobre nuestros temores, tantas veces expresados acerca del futuro de nuestra patria. Interesante sería, sin ningún género de dudas, entresacar alguno que otro detalle acerca de lo que ha venido, aquí, ocurriendo hasta nuestros propios días. No lo hacemos, sin embargo, por no desvirtuar el objetivo de estas líneas. Nos limitaremos a decir —si es que no lo hemos dejado dicho más atrás— que esta circunstancia del conflicto entre culturas de diversa procedencia nos ha traído, primero, una repulsa, y, luego, como fruto de esta repulsa, una ignorancia más o menos absoluta acerca de la jerarquía de los valores que nos son tradicionales. En virtud de estas circunstancias desgraciadas es como nos vemos imposibilitados, hoy en día, para apoyarnos en una base suficientemente sólida, que nos permita mirar con seguridad nuestro futuro a largo plazo. Y me interrogo ahora si todavía será tiempo de volver a enraizarnos en el conjunto de valores que nos dieron nacimiento histórico. Dios lo quiera, para que, de este modo, podamos justificar nuestra existencia nacional y dar nuestra palabra al mundo. Función a la que, por cierto, no han faltado las naciones bien logradas y consolidadas en su entidad histórica.

Scanned by CamScanner

CAPITULO III

¿QUE VALORES DE LA CULTURA OCCIDENTAL PARECEN ESTAR AMENAZADOS EN CHILE Y COMO PODRIAN SALVAGUARDARSE?

Scanned by CamScanner

OSVALDO LIRA

Los valores más amenazados de la Cultura Occidental no son los materiales sino los espirituales. Y al hablar del espíritu, me estoy ahora refiriendo no sólo a los valores intelectuales sino también, y sobre todo, a los sobrenaturales. Son los más amenazados, desde luego, porque son los más combatidos. Pero son los más combatidos, a su vez, porque son los que de manera más eficaz y acentuada se oponen a los desbordes antihumanos del materialismo y el agnosticismo. Es que ahora se está verificando y comprobando hasta la saciedad la clarividencia del proverbio latino: *principiis obsta* —pon obstáculo al comienzo—. Es que después será tarde. Estamos cosechando en este momento los frutos atroces del liberalismo religioso y del consecuente liberalismo político. Y esos frutos nos los aporta el marxismo. Un marxismo que, por ser ateo, es enemigo de todos los valores auténticamente humanos y católicos. Es ésta la actual situación. La misma de siempre. Los maestros que no se atrevieron o no supieron cómo llegar hasta las consecuencias extremas de aque-

llos mismos principios doctrinales que habían sostenido constante pertinacia como inconsciencia, se han visto sobrepasados por sus discípulos marxistas, que, incomparablemente más lógicos que aquellos, no han trepidado en llegar hasta el último extremo. Viene de perlas ahora citar el pensamiento profundo de Dostoievski: *si no existe Dios, todo está permitido*. La Cultura Occidental, que había sido amasada con catolicismo, privada ya de base comenzó a derrumbarse. El Dios de cielos y tierra se vio reemplazado, en definitiva, por la diosa Razón —que no por casualidad se la hizo coincidir con una prostituta—, y, por lo mismo, la conformidad de la inteligencia a la realidad, en que para Santo Tomás y el espíritu católico medieval consistía; la verdad se vio sustituida por la conformidad de esa misma inteligencia con las mayorías. Y como las masas son indiscutiblemente volubles, la verdad también se hizo fluctuante e imprecisa, quedando, al fin de cuentas, aniquilada. Pero entiéndase que la ruina de la verdad se ha llevado a cabo en todos los órdenes. La chilenísima expresión de que cada cual tiene su verdad está indicando a las claras la decisión de no usar la facultad de pensar. Hoy día no hay verdad religiosa, no hay verdad filosófica, ni siquiera existen las verdades experimentales, ya que también van cambiando

Scanned by CamScanner

día a día. La negación de Dios ha traído su consecuencia funesta, que es la negación de los auténticos valores del hombre. Por ello se habla de lo *humano*, en abstracto, pero no de las personas humanas en concreto. Hoy día no se conocen los valores que nos hacen humanos, y que, al hacernos humanos, nos hacen imágenes e hijos de Dios. Mientras no se restauren los derechos de Dios no se podrán restaurar los auténticos derechos humanos. Los auténticos, decimos, no los que se andan hoy día cacareando a tontas y a locas, que son derechos sin sus correspondientes deberes. El orden universal —lo advierte Santo Tomás— se inicia con un *derecho*, el que tiene Dios de ser reconocido como dueño y soberano de todo cuanto existe. El orden humano, en cambio —es el mismo Santo Doctor quien nos lo advierte—, comienza por un *deber*, el que tiene todo hombre de adorar a Dios, reconociendo ese soberano dominio sobre todas las cosas y personas. En tanto no se reconozca a Dios como Dios, será imposible conocer a la persona humana en su natural calidad humana. Y también será imposible, absolutamente imposible —digan lo que digan quienes lo andan afirmando—, conocer los verdaderos valores humanos, y consecuencialmente, los verdaderos derechos humanos.

La restauración de la vigencia de la Cultura Occidental en su genuino y profundo sentido tendrá así que comenzar por la restauración de los valores católicos. Si no estamos dispuestos

tan importante, no nos forjemos ilusiones: seguirá incontenible la marcha actual hacia el abismo. Sin la vigencia de los valores católicos, la restauración del pensar genuino y de los derechos humanos verdaderos no pasará de ser pura comedia. La cultura que surja de aquí será occidental de fachada, y nada más. Por desgracia, el panorama que podemos contemplar actualmente no da margen a esperanzas muy vivas. Las complacencias que se sienten ahora de parte de todos los sectores, incluso de aquellos de quienes menos podrían esperarse semejantes actitudes, hacia la doctrina marxista hace temer las peores desgracias. Se insiste sobre los métodos y no sobre las ideologías o doctrinas. El marxismo es intrínsecamente perverso, sea o no violento. No son sus métodos, es su ateísmo satánico lo que, por encima de todo, debe ser rechazado. Mientras no se piense de acuerdo con el Pontífice Pío XI, podemos temer los peores desastres.

En resumen: se trata de restaurar la verdadera jerarquía de las cosas según nos lo enseña San Pablo: *Todas las cosas son vuestras, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (I Cor., III, 22-23).

Scanned by CamScanner

INDICE

Autores que colaboran en este volumen VII

Introducción XI

CAPITULO I

¿EN QUE CONSISTE LA CULTURA OCCIDENTAL Y CUALES SON SUS RASGOS FUNDAMENTALES? . . . 1

¿FUNDAMENTALES? 1

COMENTARIO INTRODUCTORIO 3

Respuestas

Ricardo Krebs 7
Héctor Herrera 12
Julio Retamal Favereau 16
Bernardino Bravo 20
Isabel Cruz 30

Osvaldo Lira 33
Juan de Dios Vial Larraín 38
Humberto Giannini 42
Juan Antonio Widow 49

Roque E. Scarpa 53
José Miguel Ibáñez 54
Braulio Arenas 56
Martín Cerda 58

Pedro Morandé 60
Carlos Cousiño 65
José Joaquín Brunner 69

Arturo Fontaine Aldunate 74
José Luis Cea 77
Carlos Martínez Sotomayor 81

Fernando Moreno 87
Augusto Merino 95
Andrés Benavente 100

333

Scanned by CamScanner

INDICE

Armando Roa 103
Ricardo Riesco 108
Carmen Lorenzo 110
Antonio Carkovic 115

CAPITULO II

¿QUE INFLUENCIA TIENE LA CULTURA OCCIDENTAL EN LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS? 119

COMENTARIO INTRODUCTORIO 121

Ricardo Krebs 123
Julio Retamal Favereau 124
Bernardino Bravo 127
Isabel Cruz 129
Héctor Herrera 132

Carlos Cousiño 134
Augusto Merino 137
José Joaquín Brunner 138
Pedro Morandé 142

José Miguel Ibáñez 146
Martín Cerda 148
Roque E. Scarpa 149
Braulio Arenas 150

Juan de Dios Vial Larraín 152
Osvaldo Lira 153
Humberto Giannini 158
Juan Antonio Widow 161

Fernando Moreno 163
Andrés Benavente 164
Arturo Fontaine Aldunate 167
José Luis Cea 170
Carlos Martínez Sotomayor 178

Armando Roa 182
Ricardo Riesco 185

Carmen Lorenzo 188
Antonio Carkovic 191

Scanned by CamScanner

CAPITULO III

¿QUE VALORES DE LA CULTURA OCCIDENTAL PARECEN ESTAR AMENAZADOS EN CHILE Y COMO PODRIAN SALVAGUARDARSE? 193

COMENTARIO INTRODUCTORIO 195

Héctor Herrera 197
Ricardo Krebs 199
Julio Retamal Favereau 203
Isabel Cruz 207

Humberto Giannini 209
Juan de Dios Vial Larraín 210
Osvaldo Lira 211
Juan Antonio Widow 213

Carlos Cousiño 216
Pedro Morandé 219
José Joaquín Brunner 223
Augusto Merino 226

Roque E. Scarpa 229
José Miguel Ibáñez 230
Braulio Arenas 233
Martín Cerda 236

Fernando Moreno 239
Andrés Benavente 240
Bernardino Bravo 244

Arturo Fontaine Aldunate 248
José Luis Cea 253
Carlos Martínez Sotomayor 256

Ricardo Riesco 258
Armando Roa 260

Antonio Carkovic 263
Carmen Lorenzo 264

Scanned by CamScanner

CAPITULO IV

¿COMO SE MANIFIESTA LA CULTURA OCCIDENTAL

¿EN LA DISCIPLINA QUE USTED CULTIVA? 269

COMENTARIO INTRODUCTORIO 271

Respuestas

Ricardo Krebs 273
Julio Retamal Favereau 275
Héctor Herrera 278
Isabel Cruz 280

Juan de Dios Vial Larraín 282
Osvaldo Lira 283
Humberto Giannini 285
Juan Antonio Widow 287

Pedro Morandé 289
Carlos Cousiño 293
José Joaquín Brunner 295

Roque E. Scarpa 296
José Miguel Ibáñez 297
Martín Cerda 301
Braulio Arenas 304

Augusto Merino 305
Fernando Moreno 307
Andrés Benavente 309

Bernardino Bravo 310
Carlos Martínez Sotomayor 311
José Luis Cea 315

Ricardo Riesco 321
Armando Roa 324
Carmen Lorenzo 326
Antonio Carkovic 329

Scanned by CamScanner